

**A** PENAS se habla ya de las dos Españas heladoras de corazones. No tiene igual sentido mantener ahora la vigencia de esta dualidad que lo tuvo en los años que siguieron a la inolvidable guerra divisoria. En este momento habría que hablar de tantas Españas como improvisados apologistas o analistas varios surgen en este territorio que cada uno llama con el eufemismo que se le ocurre. Hay Españas para todos los gustos: mágicas, negras, mitificadas, desmitificadas o tra-peras; Españas inventadas, recreadas, manipuladas, reales o irreales. ¿Habrá

otro pueblo más preocupado que el nuestro por su destino, sus esencias o su fatalismo? Uno cree con sinceridad que en el panorama de Occidente no se revela una obsesión mayor en pueblo alguno por su propia trascendencia.

Nosotros contamos con toda una activa legión de doctores que vigilan la salud de España, que temen por ella; de mesías que se ocupan de su salvación y nos amenazan, de aconsejadores de las conciencias hispanas, de adivinos pendientes de su bola de cristal roja y gualda, de detractores del hispanismo o de "snobs" hispánicos. Da igual: la feria es diversa y todos se hacen sitio en las norias o en las casetas de tiro, tan del gusto estas últimas de unos y de otros. Pero de lo que no cabe duda —¿cómo va a quedar espacio para la duda en el reino de los dogmáticos?— es de la condición maniquea de este país al que cualquier maniqueísta, desde el Parlamento, la tribuna o la prensa, pretende orientar de acuerdo con su particular modo.

Todo el mundo tiene aquí su papel en la ceremonia. Nosotros necesitamos los mitos como el agua de mayo, forjamos sus imágenes, las jaleamos en procesiones grotescas, sin ser conscientes a veces de la caricatura perfilada; desmesuramos los valores, elevamos a la cúspide sus figuras, y los abandonamos luego en el ruedo, donde la envidia hispánica, como el mejor mihura, se ensaña contra esos mitos. Los vemos caer, al fin, con el mismo gozo que a los ninots de fallas, derruidos en medio del fuego. Es este un

país que cree en brujas, que se las inventa o que las caza, que ha de vivir siempre en una continua ceremonia de culto a sí mismo, bien dispuesto a los sahumeros y a las crucifixiones. Nuestra historia antropológica está llena de ejemplos que exhiben el afán ritualista de los ancestros: la pasión y el sacrificio

acaso, el país de la imaginación exiliada o perdida. ¿No hay por ventura más ideólogos que abetos —sometidos éstos y no aquéllos al frecuente orgasmo de los pirómanos patrios— en una España presentada como desmemoriada y analfabeta? Pues mire usted, algo desmemoriada, sí; pero ni todo abeto es cierto allí

donde lo ve —que es esta tierra pródiga en apariciones y figuraciones— ni todo esto es un páramo. Vea usted, si así lo quiere, detrás de cada español a un líder o un líder en cada español. Pero el peor de nuestros males es que cada líder necesita otro para empeñarse en

contra. Los españoles siempre estamos prestos a un juego de espejos, manchados cuando menos de barro. Nos miramos con deleite en los valleinclanescos espejos de la calle del gato. O rompemos los espejos en nuestra furia empecinada por vernos de otra manera.

Todo esto no quiere decir que no contemos con una buena nómina de hombres de ingenio y pensamiento —viejos y nuevos— que, lejos de los tenderetes de la mercadería patrioterica, de uno u otro signo, asumen su responsabilidad desde el rigor. Lo que ocurre es que siempre ha sido más fácil para un pueblo acostarse en pacífica democracia y despertar asediado por las espaldas, que lo contrario: dormirse una buena noche, con los ronquidos del dictador al fondo, y despertar con el rostro radiante de la libertad. Si a todo eso le añadimos el hecho de que la "dulce vigilancia" de la Santa Inquisición finalizó aquí el pasado siglo, que sus tareas fueron ejercidas de otro modo en el tiempo cercano y que tras los postigos vigilan las antiguas y nuevas beatas de la intolerancia, comprenderemos fácilmente que nuestras libertades bisoñas se vean amenazadas de mala crianza. Mientras, quienes les dieron vida olvidan su obligación de alimentarlas. Se encuentran demasiado a gusto en una revuelta ceremonia en la que se cumplen viejos papeles. Al fin la risa despierta los aplausos de los espectadores: mientras las libertades crías mueren entre bastidores nos conmueve la ternura de unos padres que dan por nuevos los papeles viejos.

## El viejo y triste ceremonial hispano

FERNANDO G. DELGADO

constituyen un gozo singular. La burla, el escarnio, la crueldad son partes diversas de una misma celebración por plazas de pueblo, callejones o ruedos. El oscurantismo parece una de las esencias de lo hispano. Una bruma irreal —tan creadora por otra parte— aporta al ambiente el grado de sombra sutil que la ceremonia exige. En medio de todo, rara vez construimos monigotes para espantar a los pájaros: los elaboramos con pasión para encarnar en ellos un símbolo para la afrenta, un objeto para la quema, un instrumento de satisfacción en el exterminio.

Aquí o surge el cruzado "providencial" contra el pensamiento —cortacabeza de quien bien se emplea en la reflexión y acusa los peligros de ésta, mesías que corta los rastros de la "molesta" intelectualidad— o en el vasto bosque de la insolidaridad empiezan a campear los "librepensadores", tan fascinantes por su condición de tales como deslumbrados ellos mismos por los ecos de sus voces singulares y adormecidos por la calidad de la música de sus ideas. Constituyen éstos un parnaso de irónica belleza en medio del arrabal hispano y, desde sus almohadones, con la pluma en alto, esperan el combate con quien se reclama más listo.

Son frecuentes los lamentos por la falta de imaginación que España padece. Sin embargo, quien asista a las guerras de ideas que se entablan en los domésticos campos de batalla de este país, tan extensamente mesetario, ha de preguntarse con estupor si es éste,